

El Evangelio de la Vida

Hace mucho que en nuestros ambientes se habla del "Evangelio de la Sangre". Esta frase se está volviendo familiar. ¿Qué significa?

Podríamos explicarlo de esta forma: "Es una buena noticia que brota de una comprensión profunda del misterio de la Sangre de Cristo". Esta buena noticia, como la del Evangelio, del cual es tomada y en el que constituye un núcleo importante y concentrado, no es algo marginal sino que abarca toda la existencia humana transformándola radicalmente. Por eso el Evangelio de la Sangre se llama también Evangelio de la Vida. En el texto del Papa Juan Pablo II se profundiza sobre esta afirmación.

El Papa coloca al lector ante dos escenas clásicas que tienen que ver con la sangre, dos historias emblemáticas: la de Abel y la de Cristo. Juan Pablo II, siguiendo al autor de la carta a los Hebreos, ve allí dos arquetipos. La sangre de Abel, derramada por Caín y la sangre de Cristo derramada sobre la humanidad, transmiten dos mensajes. En la sangre derramada por Caín el Papa ve el comienzo y la clave de interpretación de todo el mal que ha envenenado la vida humana hasta nuestros días. En la sangre de Cristo, por el contrario, ve un camino de salida del mal hacia la salvación, que el cristiano llama redención.

El primer capítulo de la encíclica se titula: "Se oye la sangre de tu hermano clamando a Mí desde el suelo" y tiene un subtítulo: "Amenazas actuales a la vida humana". El capítulo está lleno de alusiones a esas dos sangres que se confrontan una con otra. Dios ha creado a la persona humana para la vida. El soplo inmortal del creador penetra la persona, se introduce en su sangre y la corona de gloria, poco inferior a los ángeles. La muerte entra en la vida de la persona a causa de la envidia del demonio; y entra en una forma violenta como consecuencia del pecado.

"¿Acaso soy yo el custodio de mi hermano?", responde Caín a Dios cuando le pregunta sobre Abel.

Cuando Caín responde así a Dios, ya ha matado a Abel. La frase es, por lo tanto, arrogante; un pretexto para evitar la discusión; una respuesta evasiva. Pero tomada en sí misma, aparece fascinante e indiscutible; parece que la humanidad de hoy quisiera apropiársela.

Sí, exclama el Papa. Cada uno de nosotros tiene que sentirse responsable de nuestro hermano y de nuestra hermana. Dios nos preguntará sobre nuestro hermano... "A todos y a cada uno reclamaré el alma humana..." (Gn 9,5). La vida humana es sagrada y no puede disponer de ella ninguna otra persona humana. Es inviolable. Dios nos la ha confiado porque, viviéndola de acuerdo a su valor intrínseco y en el vínculo de amor a Dios y al prójimo, revelamos todos los días la gloria de Dios. "La gloria de Dios es la persona humana llena de vida".

La irresponsabilidad que subyace a la frase de Caín es la misma que produce la indiferencia hacia los marginados y, si lo pensamos bien, la misma que provoca la violencia contra los otros. De hecho, si el otro es libre de hacer lo que quiere, de ir adonde quiere sin que yo sea "su guardián", entonces yo también soy libre de hacer lo que quiero y nadie puede pretender el derecho de ser mi guardián. En conclusión: no tengo que responder ante nadie. Nadie tiene que responder ante nadie. Nadie tiene el derecho de preguntarme nada sobre nada. Por el contrario, lo que debería hacer una sociedad así es permitir a todos que hagan lo que les dé la gana.

No!, exclama el Papa. Dios no abandonó a los débiles. La sangre no lo permite. Dios dice a Caín: "¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo" (Gn 4,10). Caín no escuchó la voz de la sangre, de su propia sangre que corría por las venas de su hermano. Esa voz lo

invitaba a estar contento con su hermano y a seguir su ejemplo. Pero los celos y la ira pusieron el arma en su mano. Ahora esa sangre derramada clama justicia desde el suelo manchado con ella. Pero, comenta el Papa, "la voz de la sangre derramada de la humanidad no cesa de clamar de generación en generación, asumiendo una tonalidad y un acento siempre nuevos." "No es solamente la voz de Abel, el primer hombre inocente asesinado, la que clama a Dios, fuente y defensor de la vida. La sangre de cualquier otro ser humano asesinado después de Abel es también una voz que se alza hacia Dios" (n. 25).

La pregunta que Dios dirige a Caín sigue siendo muy actual si la dirigimos a los seres humanos de nuestros días: "¿Qué has hecho?" Cuánta sangre se ve por todas partes, cuánta sangre oculta, cuántos insultos contra la sangre en las crónicas de nuestro tiempo!

La sangre permanece intacta en su poder de denuncia. Prestemos atención a eso. Todas las expresiones de violencia donde quiera que se las encuentre son por lo menos detestadas por la opinión pública: las guerras, las masacres de los sábados por la noche, las jeringas infectadas de SIDA, los actos de violencia... Es sangre que clama justicia desde la tierra. Pero no grita menos fuerte la sangre que mancha las manos esterilizadas del cirujano que produce un aborto; o la probeta experimental del aprendiz de mago que manipula el patrimonio genético; o la fórmula del químico que prepara combinaciones destinadas a eliminar los primeros gérmenes de vida humana; o las mentes frías de los industriales que calculan cómo y dónde colocar sus fábricas para explotar a los pobres, pagándoles sueldos miserables por su trabajo... No existe en los anales del crimen casos de "crímenes más premeditados". Es una afirmación que puede causar sensación, pero es difícil negarla. La crema de la ciencia y lo mejor de la tecnología están implicados en esto; se ha invertido un capital enorme...

"En una forma absolutamente única", escribe el Papa, "la voz de la sangre de Cristo, de la que Abel en su inocencia es una figura profética, clama a Dios". La sangre de Cristo es la verdadera sangre que purifica; o, si se prefiere, es la sangre que purifica verdaderamente. No es sólo una figura de la salvación, sino su realización. En ella hallan su cumplimiento todos los que la prefiguran y todos los que la esperan. Ella inaugura la nueva era de la que hablaron tantos de los profetas.

(P. Michele Colagiovanni, C.P.P.S., "*Evangelium Sanguinis*", *Nel Segno del Sangue*, Roma, mayo de 1995, pp. 95-107)